

Germán Arciniegas, marinero de tierra firme

Óscar Iván Calvo Isaza*

Germán Arciniegas fue el primer escritor profesional en Colombia y el intelectual más influyente en la política de ese país durante el siglo xx. Abogado sin título universitario, periodista de oficio y político de ocasión, publicó medio centenar de libros dedicados a replantear, por medio de una aproximación heterodoxa a la historia, el problema de las relaciones entre el Nuevo y el Viejo Mundo. Su tesis fundamental, a partir de *El estudiante de la mesa redonda* y *América, tierra firme. Sociología*,¹ transformada y matizada en el curso del siglo, fue el origen americano de la modernidad, el descubrimiento de Europa a través de la joven América o, en otros términos, el carácter esencialmente liberador, dinámico y democrático de ésta respecto al temple conservador, estático y monárquico del viejo continente.

En breve, y para dejar en claro la posición del autor, Arciniegas fue el primer escritor profesional en Colombia porque, como ningún otro autor precedente, vivió cómodamente con el producto de los derechos de propiedad sobre una obra elaborada para un público lector amplio, a través de un conocimiento adecuado de los mercados editoriales de América y Europa. Él fue, también, el intelectual más influyente en la política de ese país sudamericano durante el siglo xx, pues, alejado de las lides políticas de su juventud, como escritor profesional contribuyó decisivamente a legitimar la retórica republicana de la burguesía, según la cual el sistema democrático es esencial a la nacionalidad colombiana. Con Arciniegas la invocación del pasado permitió hacer pasar por tradición inveterada la adhesión patria a las instituciones liberales, base para la autoafirmación política de la clase dominante, condensada en la frase "Colombia es una de las democracias más antiguas de América". Y esa retórica esencialista de la democracia,

amparada en la apropiación selectiva del orgullo republicano decimonónico, sería la alternativa nacionalista de la burguesía colombiana para conciliar el proyecto conservador hispanizante del siglo xix con el modelo liberal estadounidense en el siglo xx.²

El mérito indiscutible de Germán Arciniegas en el campo intelectual colombiano fue romper el cerco nacional para dar a conocer sus escritos en América y Europa. Su obra, leída en inglés, francés, italiano, alemán, húngaro, yugoslavo y polaco, trascendió la hispanidad, tan cara a su país, para proyectarse en Occidente y, por eso, con él la literatura colombiana se presumió por primera vez contemporánea: Arciniegas fue un "colombiano universal". Tal atribución —lugar común de la crítica literaria colombiana—³ parece a todas luces exagerada, pero vale preguntar cómo estas dos palabras, "colombiano" y "universal", tienen un significado concreto cuando apenas al despuntar el siglo xx su simple formulación resultaba un contrasentido aparente. Y aún más, si colegimos lo "universal" a la manera de un producto histórico, sujeto a procesos geopolíticos y competencias específicas en el campo intelectual, cuestionamos por qué fue posible para el escritor colombiano, en un momento dado, producir un discurso susceptible de ser acogido más allá del medio nacional, en América o incluso fuera del ámbito lingüístico transnacional, delineado por la disolución del imperio español en el siglo xix.

Para responder tales preguntas sería imprescindible contar con un estudio histórico riguroso sobre este autor colombiano. A pesar de la conversión del archivo y la biblioteca de Arciniegas en un fondo patrimonial de la Biblioteca Nacional de Colombia, aún no existe tal estudio y, en cambio, abundan las compilaciones (ensayos, correspondencia internacional, valoración de su obra, polémicas, discursos o entrevistas) cuyos méritos no logran disimular la falta de una cronología y una periodización precisa, puntos de partida indispensables para un ejercicio biográfico que nos revele al escritor "de cuerpo entero".⁴

* Profesor de historia en la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente es estudiante del programa integral de maestría y doctorado en historia y etnohistoria de la Escuela Nacional de Antropología e Historia

Por lo pronto, con fuentes de información limitadas, menos pretensiones y páginas a la vista, en este escrito realizamos un seguimiento parcial del largo ciclo universitario de Arciniegas, su juventud si se quiere, marcada por la apropiación del programa de la Reforma Universitaria argentina en el periodo entre 1918 y 1932.

LA TRAMPA DE LA SABANA

Tanto para la vanguardia de los años veinte que rescató a José Asunción Silva de su ostracismo pecaminoso en el cementerio de los suicidas, como para los intelectuales colombianos de los cien años que siguieron a la intervención de Estados Unidos en Panamá, la Sabana de Bogotá fue y ha sido la trampa mortal de una nación condenada a la soledad, alejada de los océanos y separada por la cordillera de los Andes del ritmo vertiginoso del mundo. Y qué otra cosa se podía esperar, decían y dicen, de una república cuya Constitución política —aquella que resistió contra viento y marea desde 1886 hasta 1991— fue inspirada por Miguel Antonio Caro, un hombre que escribía en latín pero nunca conoció el mar. Romper el hielo del boato bogotano, iluminar la ciudad de la Santa Fe, despertar los sentidos de una Atenas ciega y sorda, atraer la brisa cálida del Caribe para disolver los nubarrones de los Andes, sería la odisea colombiana del siglo xx que cantó un marinero de tierra firme, Arciniegas, como más tarde lo harían Gabriel García Márquez y Carlos Vives.

Germán Arciniegas Angueyra nació en Bogotá en 1900 y murió en 1999, en el altiplano, atalaya en el centro del país que marca la frontera de los Andes colombianos con la extensa llanura selvática y los grandes ríos del centro de Sudamérica. Primogénito entre siete hijos de Rafael y Aurora, creció en el seno de un hogar liberal radical de clase media y fue influido de manera notable por su familia materna, integrada por revolucionarios cubanos emigrados a Colombia. Sus años formativos, los del cambio de siglo, fueron los de la Guerra de los Mil Días, cuyo fin precipitó la intervención de Estados Unidos en Panamá, el último fragmento del antiguo virreinato colonial que formó sobre el istmo el borrador de una nación. En la primera infancia Germán ingresó, como ya se estilaba en la época, a un jardín guiado por los métodos de enseñanza de Montessori y Fröbel. Más tarde estudió en dos instituciones laicas liberales, la Universidad Republicana y la Escuela del Comercio, de la cual se tituló como bachiller

para ingresar en 1920 a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional.⁵

El activista estudiantil se forjó en los últimos años de la segunda década del siglo cuando la Reforma Universitaria de Córdoba anunció el advenimiento de la "hora americana". Desde 1918 o 1919 Arciniegas participó en las protestas de los estudiantes y comenzó su dilatada labor como periodista con la publicación, en el diario *El Tiempo*, de un artículo titulado "O educación o exámenes", en el que seguía una polémica suscitada en Medellín por el sistema de calificaciones. Allí publicó también, en 1920, su *opera prima* en una página editorial, a propósito del viaje que lo llevó a conocer el mar y traspasar por primera vez la frontera colombiana hacia Panamá. En 1921, ya como estudiante de la Universidad Nacional, fue delegado en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, y al menos desde ese año fungió como secretario de la Federación de Estudiantes, cargo que ocupó de manera ininterrumpida durante toda la década. Hacia esa misma fecha fundó la efímera revista *La Voz de la Juventud*, medio publicitario del movimiento, y publicó —con el alias de León Gazeira— el libelo *Harmonías esfumadas*, sus primeras y últimas letras tocadas por el soplo divino de la musa.⁶

En abril de 1923 llegó a manos de José Vasconcelos un telegrama de Germán Arciniegas con la notificación de su designación por los estudiantes como "maestro de la juventud" de ese año, y en mayo Vasconcelos le respondió con su famosa "Carta a la juventud colombiana", manifiesto de corte arielista que circularía profusamente por las prensas de América latina. Con esta carta los estudiantes colombianos se reafirmaron como parte de la misión compartida de dar vida a "la primera raza universal", porque, como les recordaba el "maestro", estos "tiempos son de lucha, y los jóvenes colombianos no están solos en la cruzada moderna".⁷

Los periódicos liberales *El Tiempo*, dirigido por Eduardo Santos, y *El Espectador*, por Luis Cano, se habían convertido, en los años veinte, en los principales centros de sociabilidad política de la burguesía bogotana. La mesa de redacción de *El Tiempo*, adonde acudía asiduamente Arciniegas, le permitió estar al tanto del acontecer político y, a través del telégrafo, compartir información para orientar rápidamente el movimiento, coordinar, ofrecer o demandar la solidaridad de sus compañeros y de la opinión pública a escala nacional e internacional. El periódico

co fungió, según Arciniegas, como tribuna pública del estudiantado:

El Tiempo fue nuestra trinchera contra la universidad anquilosada, el aviso de nuestras fiestas carnavalescas, la ventana a donde se asomaba cada año y hacía su aparición la nueva reina de los estudiantes. En [las facultades universitarias, en] Santa Clara, en La Candelaria, en Santa Inés nos enfrentábamos a los profesores. En *El Tiempo* afirmábamos nuestra segunda universidad.⁸

En la tertulia de las imprentas convergían, además de la bohemia literaria de *Los Nuevos*, los profesores universitarios, cuya aproximación a los saberes sobre el ser humano constituyó una matriz de interpretación –legitimada por la ciencia experimental– sobre la “cuestión social” en la primera posguerra. En la casa de *El Tiempo*, como en la propia universidad, Arciniegas se acercaría a los protagonistas de los palpitantes debates intelectuales difundidos por la revista *Cultura* de Luis López de Mesa y, entre ellos, a dos destacados polemistas liberales dedicados al estudio de los problemas de la infancia y la juventud: el médico Jorge Bejarano, cabeza visible del grupo de galenos que pugnaba por la popularización de la acción profiláctica de la higiene, y el pedagogo Agustín Nieto Caballero, líder del movimiento de la Escuela Activa, que abanderaba la lucha por la reforma educativa en Colombia.

En 1920, los estudiantes universitarios habían convocado a una serie de conferencias en las que se debatió la tesis racialista del siquiatra conservador Miguel Jiménez López sobre “la degeneración colectiva en Colombia y los países similares”. Para rebatir esa tesis, Jorge Bejarano afirmó en sus conferencias que la historia de una nación determina la formación de los sujetos, velada invocación del utilitarismo de Jeremías Bentham, sobre la cual volvería Arciniegas en *América: tierra firme*, para explicar en términos muy burdos la ruptura de la sociología con la filosofía de la historia, y de la historia y la antropología con la sociología.⁹ El llamado “debate sobre la degeneración de la raza” siguió así una inflexión que se venía gestando en diversos puntos de América latina a partir de una apropiación selectiva de diversos saberes y prácticas científicas modernas: los colombianos no eran “seres degenerados” por una disposición innata, sino por las condiciones del

medio ambiente en que se desarrollaban sus organismos luego de nacer, en las etapas evolutivas que llevan de la infancia a la madurez; el problema no estaba en la degeneración del pasado o en la regeneración del presente, sino en la generación del futuro.¹⁰

El programa de los estudiantes colombianos en la primera mitad de los años veinte fue más o menos el mismo de los movimientos de la reforma universitaria en Argentina, Perú y Cuba: libertad de cátedra, revisión del sistema de exámenes, libertad de asistencia, actualización de los programas, autonomía administrativa y participación de estudiantes y maestros en el gobierno de la universidad.¹¹ Pero más que gremial o social, la Federación de Estudiantes Colombianos fue una organización con una clara filiación partidista y sus demandas se expresaron fundamentalmente como parte de la oposición liberal al régimen conservador que gobernaba el país desde 1886.

Así, cuando nos preguntamos cómo se americaniza lo colombiano y se nacionaliza lo latinoamericano, debemos inicialmente destacar algo muy obvio: la reforma de la universidad se articuló con preocupaciones ya existentes en cada país, y aunque agregó otras pocas, su mérito original fue homogeneizar el arsenal retórico para convertir las causas locales en una lucha común de todo un continente, el joven –¡el Nuevo Mundo al que dedicó Arciniegas cincuenta y tantos libros!–, supuestamente destinado a salvar la especie humana de la decrepitud y degeneración europea anunciada por la guerra. Con los materiales provistos por el debate continental, los liberales trabajarían en la célebre fábrica intelectual dedicada a manipular el significado de lo “viejo” y lo “nuevo”, lo “tradicional” y lo “moderno”, lo “oscuro” y lo “claro”, lo “estático” y lo “variable”, fábrica cuya propiedad comparten con los conservadores, compañeros inseparables en la tenaz empresa política de construir una sociedad fundada en la ficción de la división entre partidos, capaz de reproducirse a sí misma ocultando las relaciones sociales, pero poco eficaz para prohiar formulas efectivas de identidad entre Estado y nación.¹²

En la revista *Los Nuevos*, de 1925, se aprecia la gestación de la vanguardia que se propuso “enterrar a los muertos” y su “marasmo cansado y gris”, e imponer movimiento al “estancamiento espiritual que hace de Colombia una charca de aguas profundamente dormida sobre el fondo viscoso del romanticismo”.¹³ En *Los Nuevos*, impresa en la tipografía Ariel de Bogotá, Arciniegas colaboró al lado



de la crema y nata de la literatura y la política colombianas de la primera mitad del siglo xx: Rafael Maya, Felipe Lleras, Augusto Ramírez Moreno, Alberto Lleras, León de Greiff, Silvio Villegas, Eliseo Arango, José Mar, Jorge Zalamea, José Enrique Gaviria, Francisco Umaña Bernal, Luis Vidales, Manuel García Herreros y Abel Botero. El grupo de *Los Nuevos*, cuyo antecedente inmediato fue la bohemia socialista del café Windsor, adonde acudían también Ricardo Rendón, Luis Tejada, Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, intentó romper con el ambiente parroquial del país, pero terminó felizmente plegada al sistema partidista. Su logro sería iniciar, en juego con este sistema, una empresa cultural que ocuparía buena parte del siglo xx colombiano: descongelar la Sabana de Bogotá y extirpar la ciudad conservadora de Miguel Antonio Caro.

Para explicar el "efecto invernadero" de la Sabana no bastaría sólo el movimiento de la bohemia de la época, las danzas sensuales, las inyecciones de morfina, el jazz, el surrealismo, el anarquismo ni el socialismo; tampoco bastaría el trabajo ingente de los educadores, higienistas y urbanistas en la transformación racional del ambiente urbano. Desde los años del cambio de siglo se estaban obrando modificaciones profundas en la estructura social y económica colombiana que facilitaron la integración progresiva con la economía capitalista, la ampliación del mercado interno y la formación de una estructura de clases moderna; el creciente flujo de capitales, fruto de la actividad exportadora-importadora, basada en la monoproducción del café, fortaleció a Bogotá como centro financiero –y en menor medida industrial– del país, fomentó la urbanización de nuevos sectores de la Sabana, la especialización del espacio urbanizado y el crecimiento de la población por efecto de las migraciones del campo a la ciudad. Pero, de vuelta, estas causas –esquemáticas al extremo por nosotros– no permiten entrever cómo los intelectuales de la vanguardia comprendieron y dotaron de sentido el proceso de cambio que se verificaba en los años veinte. A despecho de la autoproclamada novedad juvenil de la época, el esfuerzo de los intelectuales por condenar al olvido los vestigios insepultos del Viejo Mundo sólo fue posible a través de un ejercicio histórico y por medio del diálogo entre sujetos de diferentes edades y generaciones.

En el mismo año fundacional de *Los Nuevos* se publicó por primera vez en Bogotá la novela *De sobremesa*, cuyo

manuscrito permaneció inédito durante casi tres décadas después de la muerte de José Asunción Silva, hoy poeta nacional de Colombia. En Colombia, la obra del autor del mil veces imitado "Nocturno", ya inmortalizado como "precursor" del modernismo en Hispanoamérica, pasó de los papeles periódicos a los libros sólo en los años veinte, cuando fueron publicados *El libro de versos*, *De sobremesa* (1925) y *Prosas* (1926). La vanguardia tendría como verdadera obsesión conocer por qué se mató el poeta y pretendería encontrar en sus escritos la respuesta a esa pregunta. La interpretación de principios de siglo sobre "el caso Silva" consistió en atribuirle una sensibilidad exasperada, estimulada por la lectura de "malos libros", síntoma evidente de locura y depravación moral. Pero en los años veinte dejó de ser un caso clínico y Silva ya no fue considerado un poeta degenerado, sino una víctima del ambiente gris de la Sabana. El campo científico y el campo intelectual llegarían por diferentes caminos a una misma conclusión: a partir del debate "sobre la degeneración de la raza" se concluiría que los colombianos no están intrínsecamente degenerados, sino limitados en su desarrollo por un ambiente hostil; con el debate sobre el "caso Silva" se descartaría cualquier atisbo de locura y surgiría la imagen canónica del siglo xx colombiano: Bogotá mató a Silva.¹⁴

"La capital de Colombia es uno de los ambientes más propicios a la locura", no se cansaría de repetir Baldomero Sanín Cano, amigo íntimo del suicida y responsable de la difusión internacional de la obra silviana.¹⁵ Él fue el maestro, sin comillas, de Germán Arciniegas, el mediador entre Silva y la vanguardia, entre el modernismo y la vanguardia, y no menos importante, el mediador entre la literatura colombiana y la literatura universal en las primeras décadas del siglo xx. Sanín Cano dominaba siete idiomas, leía, comentaba o traducía las novedades literarias europeas y estadounidenses –fue el introductor en Colombia, entre otros autores, de Friedrich Nietzsche–, y en fin, se imponía el ejercicio de una crítica literaria cosmopolita. Tras su periplo europeo, radicado intermitentemente en Buenos Aires desde 1925 como periodista de *La Nación*, su colaboración fue fundamental para el proyecto editorial dirigido por Arciniegas al mediar la década: los Talleres de Ediciones Colombia, ubicados en una casa del barrio Santa Bárbara –"el mesón de La Loma", epicentro de *El estudiante*... y sede de la efímera sección bogotana de la *APRA*–,

donde se publicaba la revista *Universidad* y una selección de autores colombianos y latinoamericanos. La revista con asiento en La Loma fungió como segunda casa de *El Tiempo*, como luego lo harían la *Revista de las Indias* y la *Revista de América*. En ella trabajaron los intelectuales que, en cabeza del maestro Sanín Cano y el estudiante Arciniegas, formarían el cenáculo personal de Eduardo Santos (presidente de Colombia entre 1938-1942): los periodistas Hernando Téllez y Roberto García Peña, y el economista Carlos Lleras Restrepo (presidente entre 1966-1970).

Arciniegas se dedicaría desde sus Talleres a "ventilar" a toda costa el enloquecedor "clima" mental y cultural de la Sabana: haría circular *La Universidad del Porvenir* del "maestro" José Ingenieros, y otras obras argentinas como *La Universidad de La Plata*, de Joaquín González y *La Universidad Nueva*, de Alfredo Palacios. De la mano de Sanín Cano las divisiones se desvanecían: los nuevos aparecerían mezclados con los viejos, la vanguardia con el modernismo, los liberales con los conservadores. Allí tendrían eco tanto los colaboradores hispanoamericanos Leopoldo Lugones, Víctor Raúl Haya de la Torre, Gabriela Mistral, José Vasconcelos, José Santos Chocano, Juana de Ibarborou, Horacio Quiroga, Carlos Pellicer, Julio Garmendia, Arturo Uslar Pietri, Xavier Villaurrutia y Mariano Picón Salas, como los colombianos Rafael Maya, Alfonso López Pumarejo, Porfirio Barba-Jacob, José Antonio Osorio Lizarazo, José Umaña Bernal, Jorge Eliécer Gaitán, Tomás Rueda Vargas, Luis López de Mesa, Silvio Villegas, León de Greiff, Tomás Carrasquilla, Armando Solano y Guillermo Valencia.¹⁶

Y, claro, Arciniegas trajo también a cuento al redivivo impenitente José Asunción Silva, de quien publicó un libro, *Prosas* (1926), y la saga de poemas inéditos "Intimidades" (1928), acompañados por una ingente campaña para inmortalizar en el mármol su egregia figura y por la ineludible proclama de Sanín Cano: "Bogotá no es un campo favorable al desenvolvimiento total de la inteligencia".¹⁷ Luz, aire, baile, cuerpo, risa, sensualidad, embriaguez y alucinación, fueron las apuestas de Silva en *De sobremesa* contra el sistema de cortesanía señorial y, también, la estrategia política acogida por Arciniegas en su lucha por saltar la trampa de la Sabana en el ocaso del régimen conservador. Pese a algunas protestas con discursos incendiarios, los estudiantes pactaron por arriba,

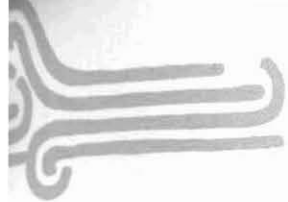
durante los años veinte, con sus profesores, los presidentes de la república, aplazando cualquier reforma de la universidad. La lucha política de los estudiantes bogotanos se verificó, en cambio, con mayor vehemencia, a través de la conversión de la fiesta de los estudiantes en el carnaval de Bogotá. Cada año la ciudad escogía a la reina de los estudiantes mediante la compra de votos. Con ella a la cabeza se iniciaba el carnaval con desfiles de carrozas, bailes y borracheras colectivas que terminaban con el entierro simbólico del rey Momo en el cementerio de Bogotá —eventos comentados asiduamente por la revista ilustrada *Cromos*, las páginas sociales de los periódicos capitalinos y la propia revista *Universidad*.¹⁸

Arciniegas recordaría, o quizás sólo simbolizaría en *El estudiante...*, su lucha dionisiaca contra la "atmósfera sombría" de Bogotá a través del robo del cuerpo de Momo:

El dios del Carnaval se balanceaba, camino del cementerio, después de tres días de borrachera y carcajadas. La luz de las antorchas, el hipo de los acordeones, las calaveras y el crespón, ponían sobre la ciudad un toque sombrío y macabro. Momo, con los ojos apagados, no se acordaba ya de quiénes lo habíamos cargado en la fiesta con festones de serpentinas y serpentinas de canciones. Entonces nosotros —robadores de genios—, rompiendo los círculos del cortejo, agarramos al dios por los cabellos, lo metimos en un automóvil y desaparecimos en la confusión de la noche. La ciudad quedó perpleja. Se desmayaron las oraciones fúnebres, que esperaban de pie sobre la tumba abierta [...] El Carnaval no podía morir para nosotros. Con su levita roja y su cuello de cartón, sus piernas de trapo y su vientre de paja, el Carnaval —¡nadie lo supo!— ¡estaba con nosotros en la capilla de La Loma!¹⁹

¿Era Momo o Silva? La restitución simbólica de Silva iniciada en los años veinte fue coronada en 1930, el mismo año del ascenso del Partido Liberal a la presidencia de la república, con la exhumación de sus restos del cementerio de los impenitentes y su conducción al altar de la patria en el cementerio de Bogotá.

A todas éstas, en 1930 el dirigente universitario no se encontraba en Bogotá. Después de la quiebra de los Talleres de Ediciones Colombia, Arciniegas había saltado en 1929 la trampa de la Sabana, y por primera vez,



del otro lado del Atlántico, recorría febrilmente, como Silva en *De sobremesa*, las metrópolis europeas. ¿Cómo llegó allí? ¿Estaría huyendo del ambiente gris de Bogotá o de la represión oficial? En 1929 el presidente –y profesor universitario– Miguel Abadía Méndez (1926-1930), acorralado por los efectos de la crisis económica mundial, negociaba con los dirigentes liberales una salida para preservar el orden constitucional y detener la movilización de las clases medias, gestada por los estudiantes el 7 y el 8 de junio. Como en las movilizaciones estudiantiles anteriores, el problema se resolvió directamente con el profesor, el presidente de la república, cuando éste se comprometió a destituir a ciertos funcionarios impopulares y a conceder la participación de algunos liberales en su gobierno, sin discutir la plataforma de Reforma Universitaria aprobada por el congreso estudiantil a finales de 1928.²⁰

En *El estudiante...*, cuando, después de ocho siglos de trasegar desde Europa hasta América, Arciniegas evocó finalmente la lucha de los estudiantes latinoamericanos contra el Viejo Mundo, en Perú contra Leguía, en Venezuela contra Gómez, en Cuba contra Machado y en Colombia contra Abadía, olvidó comentar un pequeño detalle: él, a diferencia de Víctor Raúl Haya de la Torre, Rómulo Betancourt y Julio Antonio Mella, no fue condenado al exilio, sino nombrado por el profesor Abadía como secretario de la legación colombiana en Londres. Y, menudo detalle, lo llamó porque allí en Europa, como funcionario del gobierno conservador y luego del bipartidista presidido por los liberales, escribió éste, su primer libro, en el cual intentó forzar –¡que ironía!– su peregrina idea sobre el papel revolucionario de los jóvenes (estudiantes de vanguardia) en la historia de la humanidad, primer esbozo de su tesis acerca del origen americano de la modernidad.²¹

El éxito del libro no se hizo esperar, y *El estudiante...* alcanzó cuatro ediciones en cinco años (la príncipe española –1932–, una colombiana –1933– y dos chilenas –1936 y 1937–). Pero a su regreso de Londres, ya consagrado por su beligerancia publicitaria a favor de la reforma, absolutamente nada se había adelantado en Colombia sobre la cuestión universitaria. Por eso Arciniegas fue encargado en 1932 por el Partido Liberal de exponer y defender el proyecto de reforma como “representante” de los estudiantes en el Legislativo. Sin embargo, su proyecto de Uni-

versidad Colombiana fue rechazado, y sólo tres años después, en consideración de un proyecto paralelo, la Universidad Nacional de Colombia alcanzó una relativa autonomía académica y administrativa, la unificación de las facultades hasta entonces dispersas y la construcción de la Ciudad Universitaria durante el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938).²²

En el curso de la década de los treinta, Arciniegas se dedicaría a la docencia universitaria y a la actividad parlamentaria. Publicaría *Memorias de un congresista* (1933) y *Diario de un peatón* (1936), fundaría con Eduardo Santos la *Revista de las Indias* (1936) y dirigiría *El Tiempo* (1937). De sus clases en la Facultad de Derecho extraería el libro *América, tierra firme. Sociología*, en el que mostraría su asimilación superficial del relativismo cultural anglosajón durante su estancia en Europa, y volvería a llover sobre mojado –y a pisar en falso– en una de las polémicas partidistas más agrias de la historia colombiana desde la época bolivariana: ¿existe una moral natural o toda moral humana es contingente e histórica?²³

La consagración internacional de Arciniegas –y ésta es otra historia– llegó a partir de 1939, cuando Stefan Zweig le abrió las puertas de la industria editorial estadounidense. En este periodo, dilatado hasta la década de los setenta, Arciniegas se alineó con la política de la Guerra Fría de Estados Unidos y fungió como paladín de la democracia y del panamericanismo en su peregrinar por el orbe; entonces publicó *Entre la libertad y el miedo* (México, 1952) –con más de diez ediciones en inglés y español durante la década de los cincuenta–, folletín cuya lectura familiarizó a la opinión pública de Europa y Estados Unidos con las “dictaduras tropicales” de América latina.²⁴ Ya consagrado, luego de combatir desde el exilio la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) en Colombia, su obra sufriría una inflexión que se prolongaría hasta su muerte. Arciniegas nunca renunció a su tesis sobre la génesis americana de la modernidad, pero desde los años setenta España dejaría de ser la bestia negra de todas sus historias y, animado por la transición a la democracia en la península, iniciaría su lento retorno a la madre patria para ser entronizado, en 1992, como uno de los autores oficiales en las fiestas conmemorativas del quinto centenario del descubrimiento de América. ◀

NOTAS

- 1 [Madrid, 1932] Sudamericana, Buenos Aires, 1971, y Ercilla, Santiago de Chile, 1937. Vale hacer notar que los temas insinuados allí por el autor serían desarrollados en sus libros durante las siguientes décadas.
- 2 Aquí seguimos la lectura crítica de Rafael Gutiérrez Girardot sobre Arciniegas, aunque ampliamos y revisamos su horizonte de interpretación histórica a la luz de los conocimientos actuales ("La literatura colombiana en el siglo xx", en *Manual de historia de Colombia*, vol. III, Procultura, Bogotá, 1982, pág. 505).
- 3 Afirmación repetida una y otra vez como criterio valorativo fundamental para la compilación de su obra. Al respecto véanse los prólogos de los libros citados en la nota siguiente.
- 4 Esta valiosa labor de compilación se debe fundamentalmente al crítico colombiano Juan Gustavo Cobo Borda, que elaboró las primeras y poco afiladas cronologías con base en los testimonios orales del escritor nonagenario. Cobo Borda ha publicado *Arciniegas de cuerpo entero... Una visión de América. La obra de Germán Arciniegas desde la perspectiva de sus contemporáneos*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1990; *América, tierra firme y otros ensayos*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1990; *América es otra cosa*, Intermedio, Bogotá, 1992; *América ladina*, FCE, México, 1993. Tal labor ha sido complementada por Roberto Esquenazi-Mayo con la edición de *Experiencias de toda una vida: cartas de Germán Arciniegas*, Society of Spanish and Spanish-American Studies, Boulder, 1997.
- 5 César Tiempo, "40 preguntas a Germán Arciniegas", pág. 50, y Antonio Morales Rivera, "Los escritores no tienen tiempo", pág. 70, entrevistas compiladas en J. G. Cobo Borda, *Arciniegas...*
- 6 G. Arciniegas, "Cómo me hice periodista", en *ibid.*, pág. 405.
- 7 Carta dirigida a Germán Arciniegas, México, 28 de mayo de 1923, en *ibid.*, pág. 120. Véase también un breve comentario sobre su consagración como "maestro de la juventud" en J. Vasconcelos, *Memorias II. El desastre. El proconsulado*, FCE, México, 1982, págs. 117-121.
- 8 "Apuntes para una biografía de *El Tiempo*", en Eduardo Santos, *La crisis de la democracia y El Tiempo*, Gráfica Panamericana, México, 1955, págs. 221-222.
- 9 Págs. 15-48. Aunque la elaboración teórica de Arciniegas es mediocre, por no decir nula, anotamos la posición en que se sitúa el autor en el contexto de las ciencias sociales. Si bien él es más divulgador que sociólogo o historiador, como anota Rafael Gutiérrez Girardot en "La literatura...", pág. 505, esta constatación resulta superflua si se examina—desde la sociología y la historia, hoy—su contribución en la fundación de algunas de las primeras instituciones nacionales de las ciencias sociales en Colombia: el Museo de Arte Colonial, el Instituto Etnológico Nacional, el Museo Nacional y el Instituto Caro y Cuervo.
- 10 Jorge Bejarano, "Quinta conferencia", en Luis López de Mesa (comp.), *Los problemas de la raza en Colombia*, Talleres Litográficos de *El Espectador*, Bogotá, 1920. Una arqueología completa de este debate desde la óptica del saber y la práctica pedagógicas puede consultarse en el segundo volumen del trabajo de Javier Sáenz Obregón et al., *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*, Colciencias/Foro Nacional por Colombia/Unión de Antioquia, Bogotá, 1997. Otra lectura a partir del cuerpo como centro de intervención discursiva de la higiene está en Zandra Pedraza, *En cuerpo y alma: visiones del progreso y la felicidad*, Uniandes, Bogotá, 1999, págs. 107-196. Nuestra visión desde la perspectiva urbana y de las prácticas sociales de los grupos populares: Óscar Calvo y Marta Saade, *La ciudad en cuarentena: chicha, patología social y profilaxis*, Ministerio de Cultura, Bogotá, 2002, pág. 49 y ss.
- 11 Jaime Jaramillo Uribe, "El proceso de la educación en Colombia", en *Manual...*, pág. 329.
- 12 Daniel Pecaut, *Orden y violencia, Colombia 1930-1954*, vol. I, Cerec-Siglo xxi, Bogotá, 1987, págs. 17-21.
- 13 Fragmentos citados por J. G. Cobo Borda, "Los Nuevos y Jorge Zalamea", en *La tradición de la pobreza*, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1980, pág. 74.
- 14 A pesar de la abundante producción crítica sobre el bardo, hacen falta trabajos con un valor genuinamente histórico. La biografía más completa sobre el periplo europeo de Silva—y la única a la que, acaso, se puede atribuir un método histórico—es de Ricardo Cano Gaviria, *José Asunción Silva: una vida en clave de sombra*, Monte Ávila, Caracas, 1992; la más penetrante y sugestiva es de Fernando Vallejo, *Chapolas negras*, Alfaguara, Bogotá, 1995; otra biografía muy bien documentada pero parcial al extremo es la de Enrique Santos Molano, *El corazón del poeta*, Planeta, Bogotá, 1996.
- 15 "La muerte de Silva", *El Espectador*, abril 11 de 1920, pág. 1. Citado por Enrique Santos Molano, *op. cit.*, pág. 940.
- 16 Andrés Muñoz, "Germán Arciniegas, diplomático y escritor, historiador y estudiante", pág. 26; Abelardo Forero Benavidez, "Germán Arciniegas", págs. 36-37; J. G. Cobo Borda, "Las revistas de Arciniegas", págs. 163-164, en J. G. Cobo Borda, *Arciniegas...*
- 17 La misma afirmación se repetirá sin cesar en los siguientes años, incluso por los comentaristas extranjeros. Aquí apuntamos su génesis social, pero queda la larga tarea de seguir con detenimiento su influencia en los críticos de la obra de Silva (B. Sanín Cano, "Una consagración", *Universidad*, núm. 106, noviembre 8 de 1928, en José Asunción Silva, *Poesía y prosa*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1979, pág. 442). Véase el reclamo de inmortalizar a Silva en el mármol: Armando Solano, "José Asunción Silva", *ibid.*, págs. 433-437.
- 18 G. Arciniegas, *El estudiante...*, pág. 202.
- 19 *Ibid.*, págs. 227-228. Vale reiterar que Sanín Cano fue el introductor de Nietzsche en Colombia. La lectura heterodoxa del *Origen de la tragedia* (véase, por ejemplo, el ya citado texto de Sanín Cano, "Una consagración", pág. 439), permitió identificar frugalmente lo apolíneo y dionisiaco con la transición de la "Atenas suramericana" de la regeneración a la república liberal.
- 20 Y publicado por la revista *Universidad*, núm. 116, enero de 1929. La plataforma, transcrita en J. Jaramillo Uribe, *op. cit.*, pág. 330, es casi la misma pregonada desde Córdoba y apropiada por los estudiantes durante la década. Véase *supra*, nota 13.
- 21 G. Arciniegas, *El estudiante...*, págs. 196-200.
- 22 G. Arciniegas, *La universidad colombiana* [proyecto de ley y exposición de motivos], Imprenta Nacional, Bogotá, 1932. La ley aprobada por el Congreso fue la 68 de 1935, Orgánica de la Universidad Nacional (J. Jaramillo Uribe, *op. cit.*, págs. 331-333).
- 23 G. Arciniegas, *América, tierra...*, págs. 15-48.
- 24 G. Arciniegas, *Entre la libertad y el miedo*, Editorial Cultura, México, 1952. Para un buen ejemplo de la estrecha relación de Arciniegas con Estados Unidos, véase el cruce de cartas con George Bush sr., "Bush exalta la vida y obra de Germán Arciniegas", en J. G. Cobo Borda, *Arciniegas...*, págs. 410-413.